

Lázaro Covadlo

Las salvajes muchachas del partido

Candaya S.L.
ISBN 978-84-937007-0-5
432 págs.; 19.5 x 14 cm
PVP 20 €

**Una historia para todos
escrita por un autor de culto**



LA OBRA: *Las salvajes muchachas del Partido*

Esta novela en la que Lázaro Covadlo —con su reconocida maestría— refiere las andanzas, batallas, amores y desventuras de Baruj Kowenski, nuevo judío errante del siglo XX, tiene la rara virtud de atrapar al lector desde las primeras páginas y de convertirlo en testigo asombrado de algunos de los acontecimientos que convulsionaron la agitada primera mitad del siglo pasado. Roberto Arlt, Perón, Isaak Babel, Trotsky o Félix Dzerzhinsky —fundador de la Checa— son algunos de los personajes reales que se cruzan en el intrincado itinerario del aventurero Baruj, uno de esos personajes que, dotado de un innato instinto de supervivencia, parece siempre perseguir su sombra o tal vez huir de ella.

Nacido en Ucrania a finales del siglo XIX, Baruj Kowenski se une al anarquismo y participa en las revueltas del año 1905. Huyendo de uno de los pogroms de principios de siglo, emigra a Argentina donde ejerce de contrabandista, revolucionario, amigo y castigador de rufianes, zapatero remendón en una colonia judía, pistolero e impresor. Regresa a Europa a fin de participar en la Revolución Rusa y se alista luego en las Brigadas Internacionales para luchar en la Guerra Civil Española, donde aparentemente se pierde su rastro. Al reconstruir, décadas más tarde, la historia de su abuelo Baruj, el narrador nos ofrece también algunos fragmentos de su vida, cuando desde un pueblo de la costa catalana intenta encontrar su propio destino en un nuevo exilio.

EL AUTOR: LÁZARO COVADLO

Lázaro Covadlo nació en 1937 en Buenos Aires, donde trabajó como periodista y creativo publicitario. Reside en Sitges (Barcelona) desde 1975.

La publicación, en 1997, de su volumen de cuentos *Agujeros negros*, suscitó el entusiasmo unánime de la crítica literaria y lo transformó en pocas semanas en un escritor de culto. Enrique Vila-Matas, Sergi Pàmies, Quim Monzó, Gustavo Martín

Garzo, Ignacio Martínez de Pisón, Antonio Muñoz Molina o Juan Bonilla, entre otros, alimentaron lo que dio en llamarse "el fenómeno Covadlo".

Desde entonces ha publicado las novelas: *Remington Rand, una infancia extraordinaria* (1998), *Conversación con el monstruo* (1999), *La casa de Patrick Childers* (1999), *Bolero* (2001) y *Criaturas de la noche* (Premio Café Gijón 2004); y el libro de relatos *Animalitos de Dios* (2000). Ha sido traducido al francés y al portugués.

Reproducimos algunos fragmentos de su biografía (que tienen relación con el contenido de *Las salvajes muchachas del Partido*) y que el propio Lázaro Covadlo publicó en: <http://www.covadlo.com/tray/trayectoria.htm>.



Nací en 1937, cuando mis padres eran muy jóvenes. Ellos se conocieron militando en Concentración Obrera, una escisión argentina del Partido Comunista. Se comprenderá que no haya tenido iniciación religiosa (...) Tengo ascendencia judía; mis padres nacieron en Buenos Aires, pero mis abuelos provienen de Rusia, de uno de esos pueblos asolados por progroms como los que aparecen en la película *El violinista en el tejado*. Ellos tampoco fueron religiosos; tenían una mezcla de ideas en las que abundaban componentes anarquistas, socialdemócratas y ciertas influencias de Tolstoi.

Emigraron a Sudamérica en la primera década del siglo, pero tan grande fue el entusiasmo del padre de mi padre por la Revolución Rusa que, en 1919, regresó a su país natal, se unió a los leninistas, y marchó a luchar contra los "blancos", en la caballería roja, a las órdenes de Budioni. Lo notable del asunto es que Budioni era un cosaco antisemita. También resultaba curioso el hecho de que mi abuelo no había aprendido a montar en Rusia, sino en el campo argentino, con esa clase de gente que el escritor Gerchunof retrató en su libro *Los gauchos judíos*. Debo decir que antes había estado prófugo de la policía argentina, posiblemente por asuntos de anarquismo y peleas con rufianes. Al respecto, alguna vez se dijo que se cargó a un macarra de la asociación prostibularia integrada por judíos que respondía al nombre de Zwi Migdal, aunque quien sabe si en realidad no estuvo metido en asuntos de contrabando. Sí, quién sabe.

En 1922 a mi abuela le llegó una comunicación haciéndole saber que su marido había muerto en combate. Puede que así haya sido, pero también es posible que lo hubieran fusilado por orden del antisemita Budioni. Además, no debe olvidarse que mi abuelo provenía del anarquismo. Eso no les gustaría a los bolcheviques. El hecho es que tal vez para mi abuela haya sido un alivio. A poco ella volvió a casarse. Algunas veces, cuando de niño hacía tropelías, oía decir que había salido a mi abuelo.

LA CRÍTICA HA DICHO:

"Si es cierto, como dice Covadlo, que el escritor, haga lo que haga, está hablando de sí mismo, cuánto más debe serlo en una historia tan cercana al autor y tan sugestiva como la de este abuelo aventurero con quien Covadlo se identifica en varias ocasiones a lo largo del libro y cuyos pensamientos y desvelos trata de recrear sin ocultar en ningún momento lo que sabe con certeza, lo que se está

inventando y lo que podría, simplemente, no haber ocurrido. Son en esos fragmentos de juego metaliterario, casi calvinescos, lo más atractivo de esta historia en la que Covadlo muestra de nuevo su portentosa capacidad fabuladora, evidente incluso cuando de lo que se trata es de explicar sucesos reales y no salidos de la imaginación del autor. La historia alcanza aún más vuelo hacia el final, cuando Covadlo reconoce que lo que va a explicar acto seguido es una pura invención surgida de su deseo de dar un remate adecuado a las aventuras de Baruj. Se convierte entonces su libro en una reflexión muy lúcida sobre el proceso de creación y sobre los azares que rigen la vida humana." Ana Camallonga. *Qué leer*, nº 14, mayo de 2009.

"Por *Las salvajes muchachas del Partido* cruzan muchas de las claves de la historia de nuestro siglo en Europa y en América: la dialéctica entre la necesidad de intervenir en la historia y la propia intervención del destino: la acción de personajes históricos e inventados en la época de las revoluciones, de las guerras, de las liberaciones y decepciones posteriores. Y siempre la gran pregunta del sentido: su búsqueda, el cuestionamiento ante el espejo, la renuncia a encontrarlo sin dejar nunca de perseguirlo, sin abandonar la responsabilidad de que acaso no está muerto y que hay que mover el brazo, meter la mano a través de la telaraña, aferrarlo, traerlo a la vida, aunque nos encontremos, a cambio de nuestro esfuerzo, nada más que con un trozo de muñeca, la muñeca de un muñeco. Estamos ante el recorrido por la vida probable de Baruj Kowenski, cuyos actos ficticios o reales tienen presentes consecuencias en un narrador, ficticio y real, que no deja de buscarlo hasta cuando sabe que ha muerto. Rescate o invento, Covadlo narra su historia con maestría asombrosa. No es frecuente encontrar una obra contemporánea de tanta calidad." Ernesto Pérez Zúñiga, *La Mancha Literaria*, mayo de 2009.

"A caballo entre la novela de aventuras y el repaso crítico de las gestas revolucionarias de principios de siglo, desde el Octubre Rojo hasta la II República Española, *Las salvajes muchachas del Partido* es una obra tan ambiciosa como lograda. Y para crear a su ácrata protagonista, que tiene mucho de las creaciones de Arlt, este autor de culto se basó en su propio abuelo" El Mundo, 21 de abril de 2009. Recomendaciones para Sant Jordi

"Covadlo es un raro, un escritor situado al margen, con una gran capacidad para provocar inquietud. Heredero de Roberto Arlt, el argentino se lanza ahora a su novela más ambiciosa que sigue las vicisitudes de un anarquista judío en los vaivenes del siglo XX". El Periódico, 22 de abril de 2009. Recomendaciones para Sant Jordi.

"Covadlo cuenta con una imaginación rica y llena de matices; el resultado es atroz y fascinante." Gustavo Martín Garzo.

"Covadlo posee una visión del mundo singular y personalísima." Ignacio Martínez de Pisón.

"Lázaro Covadlo es como Felisberto Hernández pero un poco más trágico y más siniestro. Está cerca del absurdo, es muy extraño, pero es auténticamente extraño. No es que se las da de raro. Es una especie en sí mismo" Guillermo Martínez.

"Nos seduce la imaginación y el talento de Covadlo para mantener la inverosimilitud sin salirse de la normalidad intensificada": J. A. Masoliver Ródenas.

"Nadie escribe como Covadlo, Covadlo escribe como nadie": Sergi Pàmies.

Un fragmento de *Las salvajes muchachas del Partido*

La noche anterior a la partida

El viernes 22 de agosto de 1919, al anochecer, mi abuelo Baruj embarcó en el puerto de Buenos Aires con destino a Hamburgo. La noche anterior, al filo de la madrugada, había visitado a su esposa y había contemplado largo rato a sus dos hijos –que dormían en la misma cama–, sin que llegaran a despertarse. Ni siquiera se despertaron en el momento en que los besó con delicadeza. Se llamaban Isaac, el mayor, nacido a finales de 1913, y Juan, mi padre (bendita sea su memoria), nacido en mayo de 1915. Mi abuelo Baruj no los había visto más de cinco veces: cuatro a Isaac y una a mi padre, cuando éste era un bebé de pecho. Me lo contó mi abuela una tarde en que la visité, allá por 1959, y de paso me obligó a comer dos buenos trozos de un bizcocho que ella solía preparar, acompañándolo de una taza grande de chocolate con leche, como cuando yo era niño. El bizcocho era conocido como *leikaj*, pieza típica de la repostería judía de Europa oriental, elaborado con harina y miel. A la sazón yo tenía 22 años y detestaba la leche.

A mi abuelo Baruj, aquella madrugada de agosto, no le dio leche –la poca que tenía en la casa la reservaba para los niños–, pero le sirvió un vaso de té muy caliente –directamente del samovar, que había sido parte de la dote matrimonial– en cuyo interior había puesto un trozo pequeño de limón. Con el primer sorbo Baruj experimentó un leve acceso de bienestar: era pleno invierno y hacía mucho frío en aquella húmeda habitación de inquilinato. Sólo después del segundo sorbo se quitó el raído abrigo que había adquirido un día antes en un compraventa de la calle Libertad, en el barrio de Once. Entonces asomó por debajo de la americana la pistola Schwarzlose modelo 1908 que años atrás había llegado a su poder al canjearla por un par de zapatos a medida que había confeccionado para Luigi Rosetto, un mafioso de la ciudad de Rosario que adolecía de pie equino varo.

Cuando mi abuela descubrió que su marido llevaba pistola giró la cara hacia la pared y cerró los ojos. Baruj no lo advirtió porque tenía puesta toda su atención en el acto de beber el té. Al acabar el vaso lo depositó sobre una estantería hecha con cajones de fruta, forrada con hojas de periódicos, en la que la mujer acomodaba su ropa y la de los niños. Acto seguido intentó abrazar a la madre de sus hijos. Ella lo rechazó extendiendo los brazos con las palmas de las manos hacia fuera. Mi abuelo compuso una expresión de sorpresa y sentimiento de ofensa.

–¿Qué te pasa, Berta? ¿No quieres que te abrace?

–No con ese arma que llevas allí. No quiero que ningún arma toque mi cuerpo.

–Está bien, está bien. Me la quito. ¿Dónde quieres que la deje?

–En cualquier lugar en que no pueda verla. No deberías haber venido aquí con esa basura.

Hablaban en yiddisch. Ambos dominaban el polaco y el ruso y podían explicarse en un castellano defectuoso; Baruj, además, se expresaba muy bien en alemán; Berta había aprendido francés en un barrio de París, pero entre ellos siempre hablaban yiddisch, el idioma materno. Mi abuelo buscó con la vista algún lugar donde esconder la pistola, pensó meterla en el pequeño cajón de la Singer a pedal

(¿de dónde habría sacado Berta esa máquina de coser?). Finalmente decidió dejarla detrás del baúl que los padres de Berta habían traído de Europa doce años atrás. Lo apartó de la pared y depositó el arma en el suelo, entre el cofre y el zócalo. Volvió a encarar a su mujer.

–No puedo creer que me trates tan mal, después de todo el tiempo que hemos estado sin vernos.

–Sí, mucho tiempo. Ya son más de tres años –corroboró mi abuela.

Así es cómo imagino la escena y el tenso diálogo que pudo haber habido entre ellos. Cuando mi abuela me habló de esa noche, como es obvio, no rescató todos los detalles. Yo la escuchaba con interés y procuraba que se olvidara del chocolate con leche que me resistía a beber. A la sazón ella tenía sesenta y dos años y tal vez aparentaba unos quince más. Se había convertido en una anciana obesa y de rostro bonachón; me costaba figurármela joven y sexualmente apetecible.

–¿Tres años ya? Yo lo he sentido como si fueran treinta. Hemos estado mucho tiempo separados, Berta, mucho tiempo –dijo Baruj con tono lastimero.

–No ha sido por culpa mía.

–Lo sé, mi amor, lo sé. Pero tampoco es mi culpa.

–De modo que no es tu culpa, ¿y de quién es la culpa, entonces? –Berta había elevado la voz. Los ojos parecían habersele agrandado, como en las películas mudas. Así es como me la imagino, insisto.

–Habla bajo, mi vida; los niños pueden despertarse.

–Estos niños no se despiertan, están siempre muy cansados.

Baruj no preguntó por qué estaban siempre cansados. En realidad no temía que los niños se despertaran, pero sí que se despertaran los vecinos. Temía que el ruido de voces atrajera la atención del vecindario. Temía que alguien pudiera avisar a la policía. Las circunstancias de su vida habían dado a mi abuelo el aspecto de un forajido. Al menos así lo creía mi abuela. Durante mucho tiempo el hombre había supuesto que tenía tipo de intelectual, cosa que tal vez atribuía a la desordenada acumulación de sus lecturas. Como es sabido, la mayor parte de la gente tiene de sí misma una imagen diferente de la que le confieren los demás.

–¿Tú no sabes por qué no puedo venir aquí? ¿Acaso no sabes que me buscan? –dijo mi abuelo.

–¿Te buscan? ¿Quién te busca? ¿Tal vez te busca la policía? ¿Qué haces tú para que te busque la policía?

–¿Yo?, ¿qué hago yo? Yo trato de cambiar el mundo, Berta. ¿Te parece poca cosa?

Berta cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

–¡Estúpido!, ¡eres un estúpido y un loco! ¡Dices estupideces, hablas como un niño tonto! ¡Estás hecho un *shmok*!